

temer?—«*Si Dios*—dijo el gran Apóstol, *está por nosotros, ¿quién contra nosotros?*»—*Si Deus pro nobis, quis contra nos?* (Rom., VIII, 31.)

Y sin más que esto que dejamos dicho, ¿quién no se anima y dice con el profeta Miqueas: «*Fijaré mis ojos en el Señor, pondré mi esperanza en Dios, Salvador mío, y mi Dios me atenderá* (1).»

Tal es, carísimos hermanos, la *confianza* á que nos invita el glorioso San Pedro en la Epístola de la presente Dominica, y por nuestra parte hemos de procurar adquirirla; ya porque es encargo del Príncipe de los Apóstoles y cede en gloria de Dios nuestro Señor, ya por los grandes provechos que ella nos proporciona.

Así, pues, no olvidemos nunca la regla de conducta que hoy nos da nuestra santa Madre Iglesia. Ella quiere que nos *humillemos bajo la mano poderosa de Dios, para que nos ensalce en el día de su venida, y además que pongamos en sus manos benditas todas nuestras inquietudes, porque El tiene cuidado de nosotros.*

Hagámoslo así, confiando entera y absolutamente en su Providencia divina, y no dudemos un punto que, así como dijo á Abraham: «*No temas, que yo soy tu protector y tu galardón sobremanera grande*» (Génes., XV, 1), así también pondrá en nosotros sus ojos misericordiosos, y después de ayudarnos cuanto fuere menester en esta vida, nos dará como galardón eterno la gloria en la otra. Amén.

HOMILÍA 2.^a

Para el Domingo III después de Pentecostés.

Combate espiritual de los tiempos presentes.

HERMANOS míos amadísimos: El Príncipe de los Apóstoles, después de amonestarnos en la Epístola de este día para que andemos siempre humillados bajo la mano poderosa de Dios, y puestos en sus manos benditísimas, como Padre amoroso nuestro que cuida de nosotros, nos da la voz de alerta y nos exhorta á que estemos siempre vigilantes y arma al brazo para no dejarnos ven-

(1) Ad Dominum aspiciam, expectabo Deum salvatorem meum: audiet me Deus. (Miq., VII, 7.)

cer de las acometidas del enemigo de nuestras almas. Las palabras con que lo expresa en nuestra Epístola, son las siguientes:

«*Hermanos: sed sobrios y vigilad, porque vuestro adversario el diablo, anda como león rugiente dando vueltas alrededor de vosotros buscando á quien devorar. Resistidle fuertes en la fe, sabiendo que vuestros hermanos esparcidos por el mundo, sufren la misma tribulación. Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó en Jesucristo á su eterna gloria, después que hayáis padecido un poco, os perfeccionará, fortificará y consolidará. A El sea la gloria y el imperio en los siglos de los siglos. Amén.*» (I Petr., V, 8 á 11.)

Estas son, amados míos, las enseñanzas prácticas que hoy nos suministra la Iglesia en la Epístola de la Misa, y por ellas vemos que el enemigo de nuestras almas anda rugiendo en torno nuestro para devorarnos, y que á nosotros nos obliga precavernos de sus fieras y continuas embestidas. ¿De qué manera? ¿Qué debemos hacer? Esto es lo que ahora intento explicaros, mostrándoos dos cosas:

- 1.^a **Cuál sea hoy el enemigo de nuestras almas.**
- 2.^a **La manera de vencerle y triturarle.**

PUNTO 1.^o

EL LEÓN RUGIENTE QUE INTENTA DEVORARNOS

Hermanos míos carísimos: «A dura y tristísima condición se ve reducida en nuestros aciagos días la sociedad cristiana extendida por toda la haz de la tierra... el mundo ha retrocedido á marchas forzadas hacia el más abyecto y grosero paganismo, y la verdad católica y la doctrina de Jesucristo, *camino, verdad y vida*, vuelven á ser *escándalo de las gentes y signo de contradicción* en las tres cuartas partes de la tierra... ¡A tal extremo de confusión ha reducido á los pueblos católicos *el hombre enemigo sembrador de toda cizaña*, fervorosamente secundado por sus huestes (1)!» ¿Quién es este enemigo, y cuáles son sus huéstes desdichadas? En cuanto á lo primero, claramente nos lo dice el Príncipe de los Apóstoles en la Epístola de este día: «Es—dice el diablo—*vuestro adversario, que anda como león rugiente dando vueltas buscando á quien devorar*»

(1) Pastoral del Excmo. Sr. Dr. D. Juan Muñoz Herrera, Obispo de Málaga, Octubre de 1899.

(Verso 8); y en cuanto á lo segundo, hallamos cumplida respuesta en reciente Pastoral de un egregio Prelado español; dice así: «Entre tan infinito número de desdichas, la más triste es que las naciones que aún continúan llamándose católicas, porque no se han apartado expresa y solemnemente del yugo de la Iglesia, desprecian de hecho su doctrina y su moral santas; y envenenadas y amamantadas en los falsísimos principios del *derecho nuevo*, por el brutal *naturalismo*, triunfante en las costumbres y en las ideas, en la vida privada y en la pública, arrastran pesada cadena de errores y desgracias sin cuento (1).» Es decir, que las huestes del diablo, que en su nombre y con su espíritu, nos hacen hoy la guerra á los cristianos, rodeándonos por todas partes para devorarnos, son los herejes llamados *naturalistas*, que se hallan triunfantes en toda la línea, y que envenenan á las inteligencias causando desdichas enormes, no sólo en la Iglesia de Jesucristo, sino en todas las esferas del organismo social.

Por lo mismo, amados míos, conviene que sepáis qué cosa sea el *naturalismo*, y qué es lo que pretenden sus secuaces, como agentes de Lucifer. La palabra *naturalismo*—dice un sabio escritor contemporáneo—se presta á varios significados. Según el primero, es *un sistema de doctrina que admite el orden natural excluyendo el sobrenatural*. En otro sentido, es *un sistema que consiste en admitir la naturaleza, con exclusión de una Providencia divina que la rija*. Según un tercer significado, es *un sistema que admite la naturaleza, negando absolutamente la existencia de Dios*.

Tomado en el primer sentido, el *naturalismo* es la negación de lo *sobrenatural*; tomado en el segundo, es *la negación de la acción de Dios sobre el mundo*; según el tercero, es *la negación de la misma existencia de Dios* (2). Y de cualquiera manera que se le considere, es una herejía mil veces satánica, trastornadora del orden moral y social, y, por lo mismo, condenada por nuestra santa Madre la Iglesia. El enemigo, pues, es *el naturalismo y los naturalistas*.

No os hablaré yo aquí del *naturalismo* en cuanto niega la existencia de Dios, ni en cuanto rechaza su divina Providencia en la dirección del universo, sino únicamente en cuanto *rechaza el orden sobrenatural*, pues en este sentido le toma el santo Concilio del Vaticano, y le anatematiza en su capítulo II, canon 3.º, por estas palabras: «*Si alguno dijere que el hombre no puede ser levantado por*

(1) Pastoral antes citada.

(2) Benoit: *Ciud. anticrist.* Trat. I, cap. II

Dios hasta una perfección que sobrepuje á su naturaleza, sea anatema.»

Pues bien; esta negación del orden sobrenatural es la herejía contemporánea, origen y fundamento de todas nuestras desdichas, herejía que coincide con el *racionalismo*, de tal suerte, que el *naturalismo* y el *racionalismo* expresan la misma doctrina con diversos nombres, porque uno y otro rechazan el orden sobrenatural (1).

Cuán funesta sea esta herejía no hay para qué decirlo, pues, admitido solamente el orden natural, se niegan *el fin y los medios sobrenaturales* del hombre, ó, lo que es lo mismo, se niega que sea criado para una vida eterna, en la cual verá á Dios cara á cara; se niega la revelación divina, la gracia del Señor, las virtudes teologales infusas, las virtudes morales sobrenaturales...; se niega la divinidad de Jesucristo, su Iglesia, sus Sacramentos, los milagros, las profecías y todos los auxilios sobrenaturales que el Señor nos concede, para vivir justa, santa y piadosamente enderezando todas nuestras acciones á la gloria de Dios y al bien nuestro y del prójimo.

¿Puede darse herejía más satánica y más apropiada para descatolizar al mundo y para conducir las sociedades al más grosero y repugnante paganismo? Pues esta es la infernal tarea que hoy se proponen llevar á cabo los revolucionarios modernos, fautores del *derecho nuevo* y agentes de Lucifer; y entendemos que ahora más que nunca debemos poner en práctica la amonestación que el príncipe de los Apóstoles nos hace en la Epístola de este día diciendo: «*Hermanos: sed sobrios y vigilad, porque vuestro adversario el diablo anda como león rugiente dando vueltas alrededor vuestro buscando á quien devorar.*» (Verso 8.) ¿Qué debemos, pues, hacer en presencia de tan audaz enemigo, si no queremos ser víctimas de sus funestos errores y de sus altaneras y feroces acometidas? Esto es lo que ahora pretendo indicaros en brevísimas palabras.

PUNTO 2.º

MANERA DE VENCER AL RACIONALISMO MODERNO

«*La razón*—dicen los *naturalistas* de nuestros tiempos—*es la única fuente de verdad*, y el progreso de la humanidad exige que

(1) Así lo entendió el Santo Concilio Vaticano, cuando dijo: (*De fide cath. Proem.*) *Rationalismi seu naturalismi doctrina.*

desechemos esa *fe sobrenatural* de los católicos, enemiga declarada de las libertades modernas. *Jesucristo* será á lo más un hombre sabio, pero no Dios ni enviado de Dios. *La Iglesia* no es, como pretenden, una sociedad divina y sobrenatural, sino una sociedad humana parecida á las demás. *El Evangelio* es una rémora para la marcha progresiva y civilizadora de las sociedades; por consiguiente, es preciso renegar del Evangelio, de la Iglesia y de Cristo, y que la razón sea la diosa y la señora del universo.»

De esta manera, amados míos, blasfeman los herejes contemporáneos, con más ó menos embozo, según el sistema; pero todos combatiendo, directa ó indirectamente, el reinado de Jesucristo en los corazones de los hombres, en el seno de las familias y en la gobernación de los pueblos. ¿Cuál es nuestro deber de católicos, al vernos tan ignominiosamente tratados en lo que más estima y ama nuestro corazón? ¿Habremos de permanecer ociosos? De ninguna manera, pues deben resonar constantemente en nuestros oídos aquellas palabras de San Pedro en nuestra Epístola: «*Resistid fuertes en la fe.*»—*Resistite fortes in fide.*

Así, pues, cuando digan que la razón humana es la única fuente de verdad, hemos de responder: «Falso de toda falsedad; porque el autor de la razón es Dios, y *«puesto que el hombre depende todo de Dios como de su Criador y Señor, y que la razón creada está enteramente sujeta á la Verdad increada, estamos obligados á rendir, con la fe, pleno homenaje de entendimiento y voluntad á Dios revelador (1)»*. La revelación es la misma palabra de Dios, y la razón debe estarle sumisa. Dios manda á los hombres tener fe sobrenatural y divina; Dios es el criador de todas las inteligencias y voluntades, y Dios dice: «*El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, se condenará* (Marc., XVI, 16).» Resistamos fuertes en la fe.—*Resistite fortes in fide.*

De igual modo, cuando, llevados del odio sectario y de la insensatez de su espíritu, osen pronunciar la horrible blasfemia de que Jesucristo fué un hombre de talento, un sabio de primer orden, que supo ganar los corazones de las gentes y trazar nuevos rumbos á las masas populares, hasta el punto de morir mártir de sus ideales; pero que no fué Dios, ni Hijo de Dios, ni enviado de Dios... en ese caso empuñad valerosos el escudo de la fe y llenos de ardor santo decidles: «No, no, hombres desdichados; el Cristo que vosotros proclamáis, no es el Cristo verdadero que seguimos, amamos

(1) Concil. Vatic., *De fide cath.*, cap. III.

y adoramos los cristianos. Jesucristo nuestro Señor es Hijo de Dios vivo, Verbo eterno de Dios, encarnado por nuestro amor en el seno purísimo de la Virgen María por obra y gracia del Espíritu Santo, no puro hombre, sino *Dios y hombre verdadero*, que nació en Belén, que vivió en Nazaret, que murió en Jerusalén, que resucitó de entre los muertos y está sentado á la diestra de Dios Padre, desde donde ha de venir á juzgaros á vosotros y á nosotros y á todos los hombres lleno de majestad y gloria. Este es nuestro Cristo, *camino, verdad y vida*, en quien y por quien todos somos salvos, y ninguno puede salvarse sino por El (1).»—Así, carísimos hermanos, habéis de responder á los impíos; resistidles fuertes en la fe.—*Resistite fortes in fide.*

Y comoquiera que los tiros de los sectarios modernos se enderezan muy principalmente contra la Iglesia católica, deseando aniquilarla porque ella anatematiza los errores del naturalismo, y combate las libertades de perdición hijas del *derecho nuevo* salido del molde racionalista; por eso es preciso que los buenos cristianos, escudados con la armadura de la fe, les arrojen á la cara aquellas memorables palabras del *Syllabus*; proposición 49: «*La Iglesia es una verdadera y perfecta sociedad completamente libre; goza de sus propios y constantes derechos que le confirió su divino Fundador; sin que pueda ningún poder de la tierra limitar sus derechos, ni marcar los límites dentro de los cuales deba ejercerlos.*»

Es decir, que las potestades seculares pueden disponer como gusten de aquellas cosas civiles y políticas que ni en su naturaleza ni en su fin sean espirituales; porque Cristo Nuestro Señor mandó dar al César lo que es del César; mas, «*en todo cuanto en las cosas humanas es sagrado por cualquier título que fuere y todo cuanto atañe á la salvación de las almas ó al culto divino, ya fuere por su misma naturaleza, ya por razón de las causas á que se refiere, todo esto está sujeto al arbitrio y poder de la Iglesia de Dios (2)*». Esto es lo que todos hemos de responder á los falsos doctores de nuestros días, resistiéndoles fuertes en la fe.—*Resistite fortes in fide.*

Por último, lo que hoy se pretende por la impiedad moderna es borrar del corazón y de la inteligencia de los hombres la ley del Evangelio, para poner en su lugar la ley de la razón divinizada:

(1) Joann., XIV, 6;—Act. Apost., IV, 12.

(2) Quidquid igitur in rebus humanis, quoquo modo sacrum, quidquid ad salutem animarum cultumve Dei pertinet, sive rursus tale intelligatur propter causam ad quam refertur, id est omne in potestate arbitrioque Ecclesiae. (León XIII, Encycl. *Immortale Dei*, 1. Nov. 1885.)

ó lo que es lo mismo, destruir en el mundo el reinado de Jesucristo, para que los individuos, y las familias y los pueblos se rijan y gobiernen por la razón libre de toda influencia sobrenatural y divina. Quiérese, en suma, que la razón sea la única soberana y dueña del universo, arrojando de las sociedades á Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Salvador y Redentor de todo el género humano.

Ahora, en virtud de esta enseñanza, cada cual entre dentro de sí mismo y diga: ¿Qué soy yo, *cristiano ó racionalista?* ¿Quiero que impere en el mundo Dios y su Hijo unigénito Jesucristo, con su Iglesia amorosa y su ley divina y su moral sacrosanta, sometiendo las pasiones á la voluntad, la voluntad á la razón y la razón á Dios, para que haya orden, paz y felicidad en esta y en la otra vida, ó que sea declarada soberana y dueña del universo la razón del hombre, frecuentemente sobornada por las pasiones, anublada por los apetitos groseros, sujeta á mudanzas, trastornando de continuo el orden de los Estados, de las familias y de los individuos, haciendo de los cristianos apóstatas, de los apóstatas revolucionarios y de los revolucionarios demonios encarnados?

Lo dejo á vuestra consideración, amados míos, y concluyo diciéndoos con la Epístola de este día: «*Sed sobrios y vigilad; porque vuestro adversario el diablo, anda como león rugiente dando vueltas alrededor de vosotros, buscando á quien devorar. Resistidle fuertes en la fe... Y el Dios de toda gracia, que nos llamó en Jesucristo á su eterna gloria, después que hayáis padecido un poco, os perfeccionará, fortificará y consolidará. A El sea la gloria y el imperio en los siglos de los siglos.*» Amén.

HOMILÍA 1.^a

Para el Domingo IV después de Pentecostés.

Sobre los padecimientos.

AMADOS hermanos míos: En el capítulo VIII de la Epístola de San Pablo á los romanos, se propone el Apóstol mostrarnos que toda la vida del hombre cristiano se reduce á tres cosas:

1.^a A reprimir las concupiscencias desordenadas de la carne, ó sea, á evitar lo malo; porque obedecer á dichas concupiscencias es muerte para el alma. (*Prudentia carnis mors est*, v. 6.)

2.^a A obrar según el espíritu de Dios, ó sea á obrar lo bueno con espíritu de caridad, pues para eso nos fué dado el Espíritu Santo, Espíritu de filiación divina, para que amemos á Dios como Padre y obremos lo bueno con afecto de hijos. (*Quicumque Spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei*, v. 14.)

3.^a Enséñanos, además, el Apóstol á padecer con el Espíritu de Cristo, afirmando que si ahora padecemos á semejanza de Cristo, seremos después glorificados con Él en el cielo. (*Si tamen compatimur, ut et conglorificemur*, v. 17.)

Pues bien; concretándose á esta última idea, dice el grande Apóstol en la Epístola de hoy: «*Entiendo que no ofrecen comparación los trabajos de esta vida con la gloria venidera, que se manifestará en nosotros* (Rom. VIII, 18).» Como diciendo: Todas las tribulaciones y penalidades de este mundo, por grandes que sean, se acaban pronto, y después se recibirá en recompensa un gozo eterno en el cielo.

Fundándome, pues, en esta verdad consoladora, intento mostraros en esta breve exhortación dos cosas:

1.^a La necesidad de las aflicciones.

2.^a El lenitivo que las mitiga.

PUNTO 1.^o

ES NECESARIO PADECER EN ESTE MUNDO

Habiendo el gran Apóstol de las gentes sido apedreado por los judíos, le sacaron arrastrando fuera de la ciudad, juzgando que estaba muerto; mas después, rodeándole los discípulos, se levantó y les dijo: «*Hermanos, por muchas tribulaciones es necesario que entremos en el reino de Dios* (1).» Notemos bien las palabras del santo Apóstol para que no andemos siempre quejosos en nuestros padecimientos.

Es necesario—dice—padecer, porque el Señor, en sus inescrutables designios, ha decretado que los adultos vayamos al cielo, por el camino de los sufrimientos. Querer ir á la gloria por las delicias temporales, ó, como dicen, por camino de rosas, no lleva camino; y, sin embargo, esto es lo que pretenden muchos cristianos ilusos. ¿Es posible que tengan sano el juicio?

(1) Per multas tribulationes oportet nos introire in regnum Dei. (Act. Apost., XIV, 21.)